



## El Caballo Encantado

Escrito por Las Mil y Una Noches

Traducción por Joaquín de la Sierra

*Joaquín Sierra*



© 2024. Heroe.com.

Todos los derechos reservados.

# Introducción

«El caballo encantado» es uno de los fascinantes relatos de Las mil y una noches, donde la fantasía y la invención se mezclan con temas de poder, amor y aventura. En esta historia, la maravilla tecnológica de un caballo mágico sirve como el centro de una trama que explora la ambición humana, los peligros de la obsesión y las pruebas del destino. A través de sus personajes y situaciones, el relato ofrece una profunda reflexión sobre el deseo de control y la imprevisibilidad del mundo, envolviendo al lector en un viaje lleno de misterio y posibilidades extraordinarias.

## El Caballo Encantado

Era la Fiesta de Año Nuevo. Era considerada la festividad más antigua y espléndida de todo el Reino de Persia. El rey había pasado el día en la ciudad de Shiraz, participando en los majestuosos espectáculos que sus súbditos habían preparado para honrarla. El sol se estaba poniendo, y el monarca estaba a punto de dar la señal a su corte para retirarse, cuando de repente apareció un indio ante su trono, llevando un caballo ricamente enjaezado, que en todos los aspectos se parecía exactamente a uno real.

—Señor —dijo él, postrándose mientras hablaba—, aunque me presento tan tarde ante su Alteza, puedo asegurarle con confianza que ninguna de las maravillas que ha visto durante el día puede compararse a este caballo, si se digna a poner sus ojos sobre él.

—No veo nada en él —respondió el rey—, excepto una ingeniosa imitación de uno real; cualquier artesano hábil podría hacer lo mismo.

—Señor —replicó el indio—, no es de su forma exterior de lo que quiero hablar, sino del uso que puedo hacer de él. Solo tengo que montarlo y desear estar en algún lugar especial, y no importa cuán distante esté, en muy pocos momentos me encontraré allí. Es esto, su Alteza, lo que hace al caballo tan maravilloso, y si me permite, podrá comprobarlo por sí mismo.

El Rey de Persia, que estaba interesado en todo lo extraordinario, y que nunca había encontrado un caballo con tales cualidades, ordenó al indio montar el animal y mostrar lo que podía hacer. En un instante, el hombre se subió a su lomo y preguntó dónde deseaba el monarca enviarlo.

—¿Ves esa montaña? —preguntó el rey, señalando una enorme masa que se alzaba hacia el cielo a unos tres kilómetros—; ve y tráeme la hoja de una palmera que crece allí.

Las palabras apenas habían salido de la boca del rey cuando el indio giró un tornillo colocado en el cuello del caballo, cerca de la silla, y el animal saltó como un rayo hacia el cielo, y pronto estuvo más allá de la vista incluso de los ojos más agudos. En un cuarto de hora, el indio fue visto regresar, llevando en su mano la hoja de palma, y guiando su caballo hasta el pie del trono, desmontó y depositó la hoja ante el rey.

Ahora, el monarca, tan pronto como hubo probado la asombrosa velocidad de la que el caballo era capaz, ansiaba poseerlo él mismo, y, de hecho, tan seguro estaba de que el indio estaría dispuesto a venderlo, que ya lo consideraba suyo.

—Nunca adiviné por su mera apariencia cuán valioso era este animal —comentó al indio—, y te agradezco por haberme mostrado mi error —dijo—. Estoy dispuesto a pagar cualquier precio por tu caballo.

—Señor —respondió el indio—, nunca dudé de que un soberano tan sabio y distinguido como su Alteza haría justicia a mi caballo cuando conociera su poder; e incluso llegué a pensar que podría desear poseerlo. Mucho por lo que lo valoro, lo cederé a su Alteza con una condición. El caballo no fue construido por mí, sino que me fue dado por el inventor, a cambio de la mano de mi única hija, quien me hizo jurar solemnemente que nunca separaría de él, excepto por algo de igual valor.

—Nombre lo que quiera —exclamó el monarca, interrumpiéndolo—. Mi reino es grande, y está lleno de bellas ciudades. Solo tiene que elegir cuál prefiere, para convertirse en su gobernante hasta el fin de su vida.

—Señor —respondió el indio, a quien la propuesta no le pareció tan generosa como al rey—, estoy muy agradecido a su Alteza por su oferta principesca, y le ruego que no se ofenda si digo que solo puedo entregar mi caballo a cambio de la mano de la princesa, su hija.

Una carcajada estalló entre los cortesanos al escuchar estas palabras, y el príncipe Shah, el heredero aparente, se llenó de ira ante la presunción del indio. El rey, sin embargo, pensó que no le costaría mucho desprenderse

de la princesa para ganar algo tan único, y mientras vacilaba en cuanto a su respuesta, el príncipe intervino.

—Señor —dijo—, no es posible que pueda dudar por un instante qué respuesta debe dar a tan insolente proposición. Considere lo que se debe a sí mismo y a la sangre de sus ancestros.

—Hijo mío —respondió el rey—, hablas noblemente, pero no te das cuenta ni del valor del caballo ni del hecho de que, si rechazo la propuesta del indio, él solo hará la misma oferta a otro monarca, y me llenaría de desesperación el pensar que alguien más que yo posea esta Séptima Maravilla del Mundo. Por supuesto, no digo que vaya a aceptar sus condiciones, y tal vez se le pueda hacer entrar en razón, pero, mientras tanto, me gustaría que examinaras el caballo y, con el permiso del dueño, probaras sus poderes.

El indio, que había oído el discurso del rey, pensó que veía en él señales de ceder a su propuesta, así que alegremente aceptó los deseos del monarca y se adelantó para ayudar al príncipe a montar el caballo y mostrarle cómo guiarlo; pero, antes de que hubiera terminado, el joven giró el tornillo y pronto desapareció de vista.

Esperaron un tiempo, esperando que en cualquier momento se le pudiera ver regresar a lo lejos, pero al final el indio se asustó y, postrándose ante el trono, dijo al rey:

—Señor, su Alteza debe haber notado que el príncipe, en su impaciencia, no me permitió decirle lo que era necesario hacer para volver al lugar de partida. Le imploro que no me castigue por lo que no fue mi culpa, y que no descargue sobre mí cualquier desgracia que pueda ocurrirle.

—Pero ¿por qué —gritó el rey en un arranque de miedo e ira—, por qué no lo llamaste de vuelta cuando lo viste desaparecer?

—Señor —respondió el indio—, la rapidez de sus movimientos me tomó tan por sorpresa que estaba fuera del alcance de mi voz antes de que recuperara el habla. Pero debemos esperar que él perciba y gire un segundo tornillo, que tendrá el efecto de traer el caballo de vuelta.

—Pero suponiendo que lo haga —contestó el rey—, ¿qué impedirá que el caballo descienda directamente al mar, o se estrelle contra las rocas?

—No tema, su Alteza —dijo el indio—; el caballo tiene el don de pasar sobre los mares y de llevar a su jinete a donde desee ir.

—Bueno, tu cabeza responderá por ello —replicó el monarca—, y si en tres meses no está de vuelta a salvo conmigo, o al menos no me envía noticias de su seguridad, tu vida pagará la pena. Dicho esto, ordenó a sus guardias que arrestaran al indio y lo encarcelaran.

Mientras tanto, el príncipe Shah había subido alegremente al cielo, y durante el lapso de una hora continuó ascendiendo más y más, hasta que las propias montañas no se distinguían de las planicies. Entonces comenzó a pensar que era hora de descender, y dio por sentado que, para lograrlo, solo necesitaba girar el tornillo en sentido inverso; pero, para su sorpresa y horror, descubrió que por más que girara, no lograba hacer la menor impresión. Luego recordó que nunca esperó a preguntar cómo se regresaba a la tierra y comprendió el peligro en el que se encontraba. Afortunadamente, no perdió la cabeza y se puso a examinar el cuello del caballo con mucho cuidado, hasta que finalmente, para su inmensa alegría, descubrió un pequeño perno, mucho más pequeño que el otro, cerca de la oreja derecha. Lo giró, y se encontró descendiendo hacia la tierra, aunque más lentamente de lo que había subido.

Ya había oscurecido, y dado que el príncipe no podía ver nada, se vio obligado, no sin cierto sentimiento de inquietud, a permitir que el caballo dirigiera su propio curso. Pasada la medianoche, el príncipe Shah finalmente tocó tierra nuevamente, débil y cansado por su largo viaje y por el hecho de que no había comido nada desde temprano en la mañana.

Lo primero que hizo al desmontar fue tratar de averiguar dónde se encontraba y, tanto como pudo discernir en la espesa oscuridad, se encontró en el techo en terrazas de un enorme palacio, con una balaustrada de mármol alrededor. En una esquina de la terraza, se veía una pequeña puerta que daba a una escalera que descendía al interior del palacio.

Algunas personas podrían haber dudado antes de continuar explorando, pero no así el príncipe.

—No estoy haciendo nada malo —se dijo—, y quienquiera que sea el propietario, no me hará daño cuando vea que estoy desarmado.

Con temor a dar un paso en falso, bajó cautelosamente por la escalera. En un descanso, notó una puerta abierta, más allá de la cual había un salón levemente iluminado. Antes de entrar, el príncipe hizo una pausa y escuchó, pero no oyó nada excepto el sonido de hombres roncando. A la luz de un farol colgado del techo, percibió una fila de guardias durmiendo, cada uno con una espada desnuda a su lado, y comprendió que el salón debía ser la antesala de la recámara de alguna reina o princesa.

Permaneciendo completamente quieto, el príncipe Shah miró a su alrededor, hasta que sus ojos se acostumbraron a la penumbra, y notó una luz brillante que brillaba a través de una cortina en una esquina. Entonces se dirigió suavemente hacia ella y, apartando las cortinas, pasó a una magnífica recámara llena de mujeres dormidas, todas yaciendo en bajos divanes, excepto una, que estaba en un sofá; y esta, supo, debía ser la princesa.

Acercándose suavemente al lado de su cama, la miró y vio que era más hermosa que cualquier mujer que hubiera visto jamás. Pero, aunque estaba fascinado, era muy consciente del peligro de su situación, ya que un solo grito de sorpresa despertaría a los guardias y sellaría su muerte segura. Así que, hundiéndose silenciosamente de rodillas, tomó la manga de la princesa y le atrajo el brazo suavemente hacia él. La princesa abrió los ojos, y al ver delante de ella a un hombre guapo y bien vestido, permaneció sin habla por el asombro. Este momento favorable fue aprovechado por el príncipe, quien, inclinándose profundamente mientras permanecía de rodillas, la dirigió de esta manera:

—Ve, señora, a un príncipe en apuros, hijo del Rey de Persia, quien, debido a una aventura tan extraña que difícilmente la creeríais, se encuentra aquí, suplicando vuestra protección. Ayer, estaba en la corte de mi padre, participando en la celebración de nuestra festividad más solemne; hoy, estoy en una tierra desconocida, en peligro de mi vida.

Ahora bien, la princesa cuya misericordia imploraba el príncipe Shah era la hija mayor del Rey de Bengala, quien estaba disfrutando de descanso y cambio en el palacio que su padre le había construido, a poca distancia de la capital. Escuchó amablemente lo que tenía que decir, y luego respondió:

—Príncipe, no se inquiete; la hospitalidad y la humanidad se practican tan ampliamente en Bengala como en Persia. La protección que solicita le será concedida por todos. Tiene mi palabra.

Y cuando el príncipe estaba a punto de agradecerle por su bondad, ella añadió rápidamente:

—Por muy grande que sea mi curiosidad por saber cómo ha viajado aquí tan rápidamente, sé que debe estar débil por la falta de alimento, así que daré orden a mis sirvientas para que lo lleven a una de mis habitaciones, donde se le proporcionará cena y se le dejará descansar.

Para entonces, las asistentes de la princesa estaban todas despiertas, escuchando la conversación. A una señal de su señora, se levantaron, se vistieron apresuradamente y, tomando algunas de las velas que iluminaban la habitación, condujeron al príncipe a una habitación grande y alta, donde dos de ellas prepararon su cama, mientras que el resto bajó a la cocina, de la cual pronto regresaron con todo tipo de platos. Luego, mostrándole armarios llenos de vestimenta y ropa de cama, abandonaron la habitación.

Durante su ausencia, la Princesa de Bengala, quien se había impresionado por la belleza del príncipe, intentó en vano volver a dormir. No fue posible: algo la mantenía despierta, y cuando sus mujeres entraron en la habitación, preguntó ansiosamente si el príncipe tenía todo lo que necesitaba y qué pensaban de él.

—Señora —respondieron—, es imposible para nosotras saber qué impresión ha hecho este joven en usted. Para nosotras, creemos que sería afortunada si el rey, su padre, le permitiera casarse con alguien tan amable. Ciertamente no hay nadie en la Corte de Bengala que pueda compararse con él.

Estos comentarios halagadores no desagradaron en absoluto a la princesa, pero, como no deseaba traicionar sus propios sentimientos, simplemente dijo:

—Todas ustedes son un grupo de charlatanas; vuelvan a la cama y déjenme dormir.

Cuando se vistió a la mañana siguiente, sus doncellas notaron que, contrario a su costumbre, la princesa era muy meticulosa con su tocado e insistía en que le peinaran el cabello dos o tres veces.

—Porque —se dijo a sí misma—, si mi apariencia no desagradó al príncipe cuando me vio en el estado en que estaba, cuánto más lo impresionará verme con todos mis encantos.

Luego colocó en su cabello los diamantes más grandes y brillantes que pudo encontrar, junto con un collar, brazaletes y un cinturón, todos de piedras preciosas. Y sobre sus hombros, sus damas pusieron una túnica de la tela más rica de todas las Indias, que nadie tenía permitido usar excepto los miembros de la familia real. Cuando estuvo completamente vestida según sus deseos, envió a saber si el Príncipe de Persia estaba despierto y listo para recibirla, ya que deseaba presentarse ante él.

Cuando el mensajero de la princesa entró en su habitación, el príncipe Shah estaba a punto de salir para preguntar si podía rendir homenaje a su señora; pero al escuchar los deseos de la princesa, cedió de inmediato.

—Su voluntad es mi ley —dijo—, solo estoy aquí para obedecer sus órdenes.

En pocos momentos, la princesa misma apareció y, después de los cumplidos habituales entre ellos, se sentó en un sofá y comenzó a explicar al príncipe sus razones para no recibirlo en sus propios aposentos.

—De haberlo hecho —dijo—, podríamos haber sido interrumpidos a cualquier hora por el jefe de los eunucos, quien tiene el derecho de entrar cuando le plazca, mientras que aquí está prohibido. Estoy impaciente por conocer el maravilloso accidente que ha procurado el placer de su llegada, y es por eso por lo que he venido aquí, donde nadie puede interrumpirnos. Comience entonces, le ruego, sin demora.

Así que el príncipe comenzó desde el principio y contó toda la historia del festival de Nedrouz que se celebra anualmente en Persia y de los espléndidos espectáculos celebrados en su honor. Pero cuando llegó al caballo encantado, la princesa declaró que nunca hubiera imaginado algo ni remotamente tan sorprendente.

—Bueno pues —continuó el príncipe—, puede usted entender fácilmente cómo el Rey, mi padre, quien tiene una pasión por todas las cosas curiosas, fue embargado por un deseo vehemente de poseer este caballo, y le preguntó al indio qué suma aceptaría por él.

—La respuesta del hombre fue absolutamente absurda, como estarás de acuerdo, cuando te diga que no era nada menos que la mano de la princesa, mi hermana; pero aunque todos los presentes se rieron y burlaron, y yo estaba fuera de mí por la ira, vi con desesperación que mi padre no podía decidirse a tratar la propuesta insolente como merecía. Intenté razonar con él, pero en vano. Solo me rogó que examinara el caballo con vistas (como entendí perfectamente) a hacerme más sensible a su valor.

—Para complacer a mi padre, monté el caballo y, sin esperar instrucciones del indio, giré el perno como lo había visto hacer. En un instante, estaba ascendiendo mucho más rápido de lo que una flecha podría volar, ¡y sentí como si estuviera tan cerca del cielo que pronto golpearía mi cabeza contra él! No podía ver nada debajo de mí y, por algún tiempo, estuve tan confundido que ni siquiera sabía en qué dirección estaba viajando. Finalmente, cuando comenzaba a oscurecer, encontré otro tornillo y, al girarlo, el caballo comenzó a descender lentamente hacia la tierra. Me vi obligado a confiar en el azar y ver qué destino me aguardaba, y ya era pasada la medianoche cuando me encontré en el techo de este palacio. Me deslicé por la pequeña escalera y fui directamente hacia una luz que percibí a través de una puerta abierta; espíe cautelosamente y vi, como adivinarás, a los eunucos durmiendo en el suelo. Sabía los riesgos que corría, pero mi necesidad era tan grande que no les presté atención y pasé silenciosamente junto a tus guardias, hasta la cortina que ocultaba tu puerta.

—El resto, Princesa, lo sabes; y solo me queda agradecerte la amabilidad que me has mostrado y asegurarte mi gratitud. Por la ley de las naciones, ya soy tu esclavo, y solo tengo mi corazón, que es mío, para ofrecerte. Pero ¿qué estoy diciendo? ¿Mío? ¡Ay, señora, fue tuyo desde el primer momento en que te vi!

El tono con el que dijo estas palabras no podía dejar duda alguna en la mente de la princesa sobre el efecto de sus encantos, y el rubor que subió a su rostro solo aumentó su belleza.

—Príncipe —respondió ella tan pronto como su confusión le permitió hablar—, me has dado el mayor de los placeres, y he seguido atentamente todas tus aventuras, y aunque estás sentado frente a mí, ¡temblé por tu peligro en las altas regiones del aire! Déjame decirte la deuda que tengo con la suerte que te ha llevado a mi casa; no podrías haber entrado en ninguna que te hubiera dado una bienvenida más cálida. En cuanto a ser un esclavo, por supuesto que eso es solo una broma, y mi recepción debe haberte asegurado que eres tan libre aquí como en la corte de tu padre. En cuanto a tu corazón —continuó ella con tonos de aliento—, estoy segura de que debe haber sido entregado hace tiempo a alguna princesa que lo merece, y no podría pensar en ser la causa de tu infidelidad hacia ella.

El príncipe Shah estaba a punto de protestar que no había ninguna dama con derechos anteriores, pero fue interrumpido por la entrada de una de las asistentes de la princesa, quien anunció que la cena estaba servida, y, después de todo, ninguno se lamentó por la interrupción.

La cena estaba dispuesta en un apartamento magnífico, y la mesa estaba cubierta con deliciosas frutas; mientras que, durante el festín, chicas ricamente vestidas cantaban suave y dulcemente al son de instrumentos de cuerda. Después de que el príncipe y la princesa terminaron, pasaron a una pequeña habitación colgada de azul y oro, que daba a un jardín lleno de flores y árboles de madroño, bastante diferentes de los que se encontraban en Persia.

—Princesa —observó el joven—, hasta ahora siempre había creído que Persia podía jactarse de tener los palacios más finos y los jardines más hermosos de cualquier reino sobre la tierra. Pero mis ojos se han abierto, y empiezo a comprender que, dondequiera que haya un gran rey, se rodeará de edificios dignos de él.

—Príncipe —respondió la Princesa de Bengala—, no tengo idea de cómo es un palacio persa, por lo que no puedo hacer comparaciones. No deseo menospreciar mi propio palacio, pero puedo asegurarle que es muy pobre comparado con el del Rey, mi padre, como estará de acuerdo cuando lo visite para saludarlo, como espero que haga pronto.

Ahora bien, la princesa esperaba que, al propiciar un encuentro entre el príncipe y su padre, el Rey quedara tan impresionado por el distinguido

porte y las finas maneras del joven, que le ofreciera la mano de su hija en matrimonio. Pero la respuesta del Príncipe de Persia a su sugerencia no fue exactamente lo que ella deseaba.

—Señora —dijo—, al aprovechar su propuesta de visitar el palacio del Rey de Bengala, no solo satisfaría mi curiosidad, sino también los sentimientos de respeto con los que lo considero. Pero, Princesa, estoy persuadido de que comprenderá conmigo que no puedo presentarme ante un soberano tan grande sin los asistentes adecuados a mi rango. Pensaría que soy un aventurero.

—Si eso es todo —respondió ella—, puede contratar tantos asistentes como desee aquí mismo. Hay muchos comerciantes persas, y en cuanto al dinero, mi tesoro está siempre abierto para usted. Tome lo que necesite.

El príncipe Shah adivinó qué motivaba tanta amabilidad por parte de la princesa, y se sintió muy conmovido por ello. Sin embargo, su pasión, que aumentaba a cada momento, no le hizo olvidar su deber. Así que respondió sin vacilar:

—No sé, Princesa, cómo expresar mi gratitud por su amable oferta, que aceptaría de inmediato si no fuera por el recuerdo de toda la inquietud que el Rey, mi padre, debe estar sufriendo por mi causa. Sería realmente indigno de todo el amor que me prodiga si no volviera a él en el primer momento posible. Pues, mientras disfruto de la compañía de la más amable de todas las princesas, estoy convencido de que él se encuentra sumido en el más profundo dolor, habiendo perdido toda esperanza de volver a verme. Estoy seguro de que comprenderá mi posición, y sentirá que permanecer ausente un momento más de lo necesario no solo sería ingrato de mi parte, sino quizá incluso un crimen, pues ¿cómo sé yo si mi ausencia no podría romper su corazón?

—Pero —continuó el príncipe—, habiendo obedecido a la voz de mi conciencia, contaré los momentos hasta que, con su graciosa permisividad, pueda presentarme ante el Rey de Bengala, no como un vagabundo, sino como un príncipe, para implorar el favor de su mano. Mi padre siempre me ha informado que en mi matrimonio seré completamente libre, pero estoy persuadido de que solo tengo que describir su generosidad para que mis deseos se conviertan en los suyos.

La Princesa de Bengala era demasiado razonable como para no aceptar la explicación ofrecida por el príncipe Shah, pero estaba muy perturbada por su intención de partir de inmediato, ya que temía que, tan pronto como él la dejara, la impresión que ella había causado en él se desvaneciera. Así que hizo un esfuerzo más para retenerlo, y después de asegurarle que comprendía completamente su ansiedad por ver a su padre, le rogó que le concediera un día o dos más de su compañía.

Por cortesía, el príncipe difícilmente podía rechazar esta petición, y la princesa se dedicó a inventar todo tipo de entretenimientos para él, y tuvo tanto éxito que dos meses pasaron casi desapercibidos, entre bailes, espectáculos y cacerías, de las cuales, cuando no implicaban peligro, la princesa era apasionadamente aficionada. Pero, finalmente, un día, él declaró seriamente que no podía seguir descuidando su deber y le suplicó que no pusiera más obstáculos en su camino, prometiendo al mismo tiempo regresar, tan pronto como pudiera, con toda la magnificencia que tanto ella como él merecían.

—Princesa —añadió—, puede ser que en tu corazón me clasifiques con esos falsos amantes cuya devoción no puede soportar la prueba de la ausencia. Si lo haces, me injusticias; y si no fuera por temor a ofenderte, te suplicaría que vinieras conmigo, ya que mi vida solo puede ser feliz cuando se pasa contigo. En cuanto a tu recibimiento en la corte persa, será tan cálido como tus méritos lo merecen; y en lo que concierne al Rey de Bengala, debe ser mucho más indiferente a tu bienestar de lo que me has llevado a creer si no da su consentimiento para nuestro matrimonio.

La princesa no pudo encontrar palabras para responder a los argumentos del príncipe de Persia, pero su silencio y sus ojos abatidos hablaban por ella y declaraban que no tenía objeción en acompañarlo en sus viajes. La única dificultad que se le ocurrió fue que el príncipe Shah no sabía cómo manejar el caballo, y temía que pudieran encontrarse en la misma situación que antes. Pero el príncipe calmó sus temores con tanto éxito que pronto no tuvo otro pensamiento que arreglar su huida tan secretamente que nadie en el palacio la sospecharía.

Esto se hizo, y temprano a la mañana siguiente, cuando todo el palacio estaba envuelto en el sueño, ella subió sigilosamente al techo, donde el

príncipe la esperaba ya, con la cabeza del caballo apuntando hacia Persia. El primero montó y ayudó a la princesa a subir detrás; luego, cuando ella estuvo bien sentada, con las manos agarradas firmemente a su cinturón, tocó el tornillo, y el caballo comenzó a dejar la tierra rápidamente atrás.

Viajaron a su velocidad acostumbrada, y el príncipe Shah lo guio tan bien que, dos horas y media después de la partida, vio la capital de Persia debajo de él. Decidió no aterrizar ni en la gran plaza de donde había partido, ni en el palacio del sultán, sino en una casa de campo a cierta distancia de la ciudad. Allí mostró a la princesa una hermosa suite de habitaciones y le rogó que descansara, mientras él informaba a su padre de su llegada y preparaba una recepción pública digna de su rango. Luego ordenó que ensillaran un caballo y partió.

Todo el camino a través de las calles fue recibido con gritos de alegría por el pueblo, que hacía tiempo había perdido la esperanza de volver a verlo. Al llegar al palacio, encontró al sultán rodeado por sus ministros, todos vestidos con el más profundo luto, y su padre casi se volvió loco de sorpresa y deleite al mero sonido de la voz de su hijo. Cuando se calmó un poco, le pidió al príncipe que relatará sus aventuras.

El príncipe aprovechó de inmediato la oportunidad que se le presentaba y contó toda la historia de su trato con la princesa de Bengala, sin ocultar siquiera el hecho de que ella se había enamorado de él.

—Y, señor —concluyó el príncipe—, habiendo dado mi palabra real de que no negarías tu consentimiento a nuestro matrimonio, la persuadí de regresar conmigo en el caballo del indio. La he dejado en una de las casas de campo de su alteza, donde espera ansiosamente asegurarse de que no he prometido en vano.

Al decir esto, el príncipe estaba a punto de arrojarse a los pies del sultán, pero su padre lo impidió y, abrazándolo nuevamente, dijo con entusiasmo:

—Hijo mío, no solo consiento con gusto tu matrimonio con la princesa de Bengala, sino que me apresuraré a rendirle mis respetos y agradecerle personalmente por los beneficios que te ha conferido. Luego la traeré de vuelta conmigo y haré todos los arreglos para que la boda se celebre hoy mismo.

Así que el sultán dio órdenes de que se quitara el luto que usaba la gente y que se organizara un concierto de tambores, trompetas y címbalos. También ordenó que el indio fuera sacado de prisión y llevado ante él.

Sus órdenes fueron obedecidas y el indio fue conducido a su presencia, rodeado de guardias.

—Te he mantenido encarcelado —dijo el sultán—, para que, en caso de que mi hijo se perdiera, tu vida pagara la pena. Ahora ha regresado; así que lleva tu caballo y vete para siempre.

El indio salió apresuradamente de la presencia del sultán y, cuando estuvo afuera, preguntó al hombre que lo había sacado de la prisión dónde había estado realmente el príncipe todo este tiempo y qué había estado haciendo. Le contaron toda la historia y cómo la princesa de Bengala estaba, incluso en ese momento, esperando en el palacio de campo el consentimiento del sultán, lo que de inmediato le inspiró al indio un plan de venganza por el trato que había recibido. Dirigiéndose directamente a la casa de campo, informó al portero que había sido enviado por el sultán y por el príncipe de Persia para llevar a la princesa en el caballo encantado y traerla al palacio.

El portero conocía al indio de vista y, por supuesto, sabía que casi tres meses antes había sido encarcelado por el sultán; al verlo en libertad, el hombre asumió que decía la verdad y no tuvo dificultad en llevarlo ante la princesa de Bengala; por su parte, al escuchar que venía de parte del príncipe, la dama aceptó gustosamente hacer lo que él deseaba.

El indio, encantado con el éxito de su plan, montó el caballo, ayudó a la princesa a montar detrás de él y giró el tornillo en el mismo momento en que el príncipe estaba saliendo del palacio en Shiraz hacia la casa de campo, seguido de cerca por el sultán y toda la corte. Sabiendo esto, el indio deliberadamente dirigió el caballo directamente sobre la ciudad, para que su venganza por su injusto encarcelamiento fuera más rápida y dulce.

Cuando el sultán de Persia vio el caballo y a sus jinetes, se detuvo asombrado y horrorizado, y comenzó a proferir juramentos y maldiciones, que el indio escuchó sin inmutarse, sabiendo que estaba perfectamente a salvo de cualquier persecución. Pero, por mortificado y furioso que estaba el sultán, sus sentimientos no eran nada comparados con los del príncipe

Shah, cuando vio al objeto de su apasionada devoción siendo llevada rápidamente lejos. Y mientras él estaba mudo de dolor y remordimiento por no haberla protegido mejor, ella desapareció rápidamente de su vista. ¿Qué podía hacer? ¿Debería seguir a su padre al palacio y allí dar rienda suelta a su desesperación? Tanto su amor como su valor se lo prohibieron, y continuó su camino al palacio.

La vista del príncipe mostró al portero la necesidad de la que había sido culpable, y arrojándose a los pies de su amo, imploró su perdón.

—Levántate —dijo el príncipe—, yo soy el causante de esta desgracia, y no tú. Ve y encuéntrame un traje de derviche, pero cuidado con decir que es para mí.

A poca distancia de la casa de campo se encontraba un convento de derviches, y el superior, o sheij, era amigo del portero. Así que, mediante una historia falsa inventada en el momento, fue fácil conseguir un traje de derviche, que el príncipe se puso al instante, en lugar de su propio atuendo. Disfrazado así y llevando consigo una caja de perlas y diamantes que había destinado como regalo para la princesa, dejó la casa al anochecer, sin saber a dónde ir, pero firmemente resuelto a no regresar sin ella.

Mientras tanto, el indio había dirigido el caballo en tal dirección que, antes de que pasaran muchas horas, había entrado en un bosque cerca de la capital del reino de Cachemira. Sintiéndose muy hambriento y suponiendo que la princesa también podría necesitar comida, bajó su corcel a la tierra y dejó a la princesa en un lugar sombreado, a orillas de un arroyo cristalino.

Al principio, cuando la princesa se encontró sola, se le ocurrió la idea de intentar escapar y esconderse. Pero como apenas había comido desde que salió de Bengala, se sintió demasiado débil para aventurarse lejos y se vio obligada a abandonar su plan. A la vuelta del indio con varios tipos de carne, comenzó a comer vorazmente y pronto recobró suficiente valor para responder con espíritu a sus comentarios insolentes. Espoleada por sus amenazas, se levantó de un salto, llamando en voz alta por ayuda, y afortunadamente sus gritos fueron escuchados por una tropa de jinetes, que se acercaron para averiguar qué sucedía.

Ahora bien, el líder de estos jinetes era el Sultán de Cachemira, que regresaba de la caza, y al instante se dirigió al indio para preguntarle quién era y quién estaba con él. El indio respondió groseramente que era su esposa y que no había necesidad de que nadie más interfiriera entre ellos.

La princesa, que, por supuesto, desconocía el rango de su libertador, negó completamente la historia del indio.

—Mi señor —exclamó—, quienquiera que sea, no dé crédito a este impostor. Es un abominable mago, que hoy me ha arrancado del Príncipe de Persia, mi prometido, y me ha traído aquí en este caballo encantado.

Quería continuar, pero sus lágrimas la ahogaron, y el Sultán de Cachemira, convencido por su belleza y su porte distinguido de la veracidad de su relato, ordenó a sus seguidores que cortaran la cabeza del indio, lo cual se hizo inmediatamente.

Pero aunque había sido rescatada de un peligro, parecía que solo había caído en otro. El Sultán mandó que le dieran un caballo y la condujo a su propio palacio, donde la llevó a un hermoso aposento, seleccionó esclavas para que la atendieran y eunucos para que la protegieran. Luego, sin permitirle tiempo para agradecerle por todo lo que había hecho, le pidió que descansara, diciéndole que le contara sus aventuras al día siguiente.

La princesa se durmió halagándose a sí misma con la idea de que solo tenía que relatar su historia para que el Sultán se conmoviera por compasión y la devolviera al príncipe sin demora. Pero algunas horas iban a desengañarla.

Cuando el Rey de Cachemira la dejó la noche anterior, había decidido que el sol no se pondría otra vez sin que la princesa se convirtiera en su esposa, y al amanecer se proclamó su intención por todo el pueblo, al son de tambores, trompetas, címbalos y otros instrumentos calculados para llenar el corazón de alegría. La Princesa de Bengala se despertó temprano por el ruido, pero no imaginó ni por un momento que tuviera algo que ver con ella, hasta que el Sultán, al llegar tan pronto como ella estuvo vestida para preguntar por su salud, le informó que los toques de trompeta que oía eran parte de las ceremonias solemnes de matrimonio, para las cuales le pidió que se preparara. Este anuncio inesperado causó tal terror a la princesa que se desmayó.

Las esclavas que estaban allí para atenderla corrieron en su ayuda, y el mismo Sultán hizo todo lo posible por devolverle el sentido, pero durante un largo rato fue en vano. Finalmente, sus sentidos comenzaron a regresar lentamente, y entonces, en lugar de romper su palabra con el Príncipe de Persia consintiendo en dicho matrimonio, decidió fingir locura. Así que empezó a decir todo tipo de absurdos y a hacer todo tipo de gestos extraños, mientras el Sultán la observaba con tristeza y sorpresa. Pero como este repentino ataque no mostraba signos de remitir, la dejó con sus mujeres, ordenándoles que la cuidaran con el mayor esmero. Sin embargo, a medida que avanzaba el día, el mal parecía empeorar y, al anochecer, era casi violento.

Pasaron los días de esta manera, hasta que finalmente el Sultán de Cachemira decidió convocar a todos los médicos de su corte para que consultaran juntos sobre el triste estado de la princesa. Su respuesta fue que la locura tiene tantas formas diferentes que era imposible dar una opinión sobre el caso sin ver a la princesa, por lo que el Sultán ordenó que se introdujeran en su recámara, uno por uno, cada hombre según su rango.

Esta decisión fue prevista por la princesa, quien sabía muy bien que si una vez permitía que los médicos le sintieran el pulso, el más ignorante de ellos descubriría que estaba en perfecta salud y que su locura era fingida. Así que, cuando cada hombre se acercaba, ella estallaba en paroxismos tan violentos que ninguno se atrevía a ponerle un dedo encima. Unos pocos, que pretendían ser más listos que el resto, declararon que podían diagnosticar enfermos solo de vista y le ordenaron ciertas pociones, que ella no tuvo dificultad en tomar, ya que estaba convencida de que todas eran inofensivas.

Cuando el Sultán de Cachemira vio que los médicos de la corte no podían hacer nada para curar a la princesa, llamó a los de la ciudad, quienes tampoco lograron mejor resultado. Luego recurrió a los médicos más célebres de otras grandes ciudades, pero al ver que la tarea estaba más allá de su ciencia, finalmente envió mensajeros a los estados vecinos, con un memorando que contenía todos los detalles sobre la locura de la princesa, ofreciendo al mismo tiempo pagar los gastos de cualquier médico que viniera a verla y una generosa recompensa al que la curara. En respuesta a esta proclama, muchos médicos extranjeros llegaron a Cachemira, pero

naturalmente no tuvieron más éxito que los otros, ya que la cura no dependía ni de ellos ni de su habilidad, sino solo de la princesa misma.

Fue durante este tiempo que el príncipe Shah, vagando tristemente y sin esperanza de lugar en lugar, llegó a una gran ciudad de la India, donde escuchó hablar mucho sobre la Princesa de Bengala, que había perdido la razón el mismo día en que iba a casarse con el Sultán de Cachemira. Esto fue suficiente para inducirlo a tomar el camino hacia Cachemira, y en la primera posada en la que se alojó en la capital, preguntó todos los detalles de la historia. Cuando supo que por fin había encontrado a la princesa a quien tanto tiempo había perdido, se puso a idear un plan para rescatarla.

Lo primero que hizo fue conseguir una túnica de médico, de modo que su vestimenta, junto con la larga barba que había dejado crecer durante sus viajes, proclamara sin lugar a duda su profesión. Luego no perdió tiempo en ir al palacio, donde obtuvo una audiencia con el jefe de los ujieres y, mientras se disculpaba por su audacia al pensar que podía curar a la princesa donde tantos otros habían fallado, declaró que tenía el secreto de ciertos remedios que hasta entonces nunca habían dejado de hacer efecto.

El jefe de los ujieres le aseguró que era bienvenido de corazón y que el Sultán lo recibiría con gusto; y en caso de éxito, obtendría una magnífica recompensa.

Cuando el Príncipe de Persia, disfrazado de médico, fue llevado ante él, el Sultán no perdió tiempo en conversar, más allá de señalar que la mera vista de un médico arrojaba a la princesa en arrebatos de furia. Luego condujo al príncipe hasta una habitación bajo el techo, que tenía una abertura a través de la cual podía observar a la princesa sin que él mismo fuera visto.

El príncipe miró y vio a la princesa recostada en un sofá con lágrimas en los ojos, cantando suavemente para sí misma una canción, lamentando su triste destino que la había privado, quizás para siempre, de un ser que amaba tan tiernamente. El corazón del joven latía con fuerza mientras escuchaba, pues no necesitaba más pruebas de que su locura era fingida y de que había sido el amor hacia él lo que la había llevado a recurrir a este tipo de engaño. Silenciosamente dejó su escondite y regresó ante el Sultán, a quien le informó que estaba seguro, por ciertos signos, de que la enfermedad de la princesa no era incurable, pero que debía verla y hablar con ella a solas.

El Sultán no puso ninguna dificultad en consentir esto, y ordenó que lo llevaran al apartamento de la princesa. En el momento en que ella vio el atuendo de médico, saltó de su asiento furiosa y le lanzó insultos. El príncipe no prestó atención a su comportamiento y, acercándose mucho, de modo que sus palabras solo las escuchara ella, le dijo en un susurro bajo:

—Mírame, princesa, y verás que no soy un médico, sino el Príncipe de Persia, que ha venido a liberarte.

Al sonido de su voz, la Princesa de Bengala de repente se calmó, y una expresión de alegría cubrió su rostro, una tan grande como la que uno siente cuando lo que más desea y menos espera sucede de repente. Por algún tiempo estuvo tan encantada que no pudo hablar, y el príncipe Shah aprovechó su silencio para explicarle todo lo que había ocurrido: su desesperación al verla desaparecer ante sus propios ojos, el juramento que había hecho de seguirla por todo el mundo, y su éxtasis al finalmente encontrarla en el palacio de Cachemira. Cuando terminó, le rogó a su vez que la princesa le contara cómo había llegado allí, para poder planear mejor algún medio de rescatarla de la tiranía del Sultán.

Solo se necesitaron unas pocas palabras de la princesa para ponerlo al tanto de toda la situación y de cómo se había visto obligada a fingir locura para escapar de un matrimonio con el Sultán, quien no había tenido la cortesía suficiente ni siquiera para pedir su consentimiento. Si era necesario, añadió, había resuelto morir antes que permitirse ser forzada a tal unión y romper la fidelidad con un príncipe a quien amaba.

El príncipe entonces le preguntó si sabía qué había sido del caballo encantado desde la muerte del indio, pero la princesa solo pudo responder que no había oído nada acerca de él. Sin embargo, no supuso que el Sultán hubiera olvidado el caballo, después de todo lo que ella le había contado sobre su valor.

El príncipe estuvo de acuerdo con esto, y discutieron juntos un plan para que ella pudiera escapar y regresar con él a Persia. Y como primer paso, debía vestirse con cuidado y recibir al Sultán con cortesía cuando la visitara la mañana siguiente.

El Sultán se sintió transportado de alegría al conocer el resultado de la entrevista, y su opinión sobre la habilidad del médico aumentó aún más cuando, al día siguiente, la princesa se comportó hacia él de tal manera que lo persuadió de que su completa curación no tardaría mucho. Sin embargo, se contentó con asegurarle lo feliz que estaba al ver su salud tan mejorada, y exhortarla a aprovechar al máximo a un médico tan hábil y a ponerle completa confianza. Luego se retiró, sin esperar ninguna respuesta de la princesa.

El Príncipe de Persia dejó la habitación al mismo tiempo y pidió humildemente si se le permitía indagar por qué medio la Princesa de Bengala había llegado a Cachemira, tan lejana del reino de su padre, y cómo había llegado allí sola. Al Sultán le pareció una pregunta muy natural y le contó la misma historia que la Princesa de Bengala le había contado, añadiendo que había ordenado que llevaran el caballo encantado a su tesorería como curiosidad, aunque ignoraba por completo cómo podía ser usado.

—Señor —respondió el médico—, el relato de su Alteza me ha suministrado la pista que necesitaba para completar la recuperación de la princesa. Durante su viaje aquí en un caballo encantado, por algún medio, una parte de su encantamiento se ha comunicado a su persona, y solo puede ser disipada con ciertos perfumes de los cuales poseo el secreto. Si su Alteza se digna consentir y ofrecer a la corte y al pueblo uno de los espectáculos más asombrosos que hayan presenciado, ordene que el caballo sea traído a la gran plaza frente al palacio y déjeme el resto a mí. Prometo que en muy pocos momentos, en presencia de toda la multitud reunida, verá a la princesa tan sana de mente y cuerpo como lo ha estado en su vida. Y para hacer el espectáculo lo más impresionante posible, sugeriría que ella se vista ricamente y se adorne con las joyas más nobles de la corona.

El sultán accedió de buen grado a todo lo que el príncipe propuso, y la mañana siguiente ordenó que el caballo encantado fuera sacado de la tesorería y llevado a la gran plaza del palacio. Pronto comenzó a extenderse el rumor por la ciudad de que algo extraordinario estaba por suceder, y tal multitud comenzó a reunirse que tuvieron que llamar a los guardias para mantener el orden y abrir paso al caballo encantado.

Cuando todo estuvo listo, el sultán apareció y tomó su lugar en una plataforma, rodeado de los principales nobles y oficiales de su corte. Cuando todos estuvieron sentados, se vio a la Princesa de Bengala saliendo del palacio, acompañada por las damas que el sultán le había asignado. Lentamente se acercó al caballo encantado, y con la ayuda de sus damas, montó en su lomo. En cuanto estuvo en la silla, con los pies en los estribos y las riendas en la mano, el médico colocó alrededor del caballo unos grandes braseros llenos de carbones encendidos, en cada uno de los cuales arrojó un perfume compuesto de todo tipo de fragancias deliciosas. Luego, cruzando las manos sobre su pecho y con los ojos bajos, caminó tres veces alrededor del caballo, murmurando mientras tanto ciertas palabras. Pronto, de los braseros ardientes surgió un espeso humo que casi ocultó tanto al caballo como a la princesa, y este fue el momento que había estado esperando. Saltando ligeramente detrás de la dama, se inclinó hacia adelante y giró el perno, y mientras el caballo se elevaba en el aire, gritó en voz alta para que todos los presentes escucharan:

—¡Sultán de Cachemira, cuando desees casarte con princesas que han buscado tu protección, primero aprende a obtener su consentimiento!

Fue de esta manera que el Príncipe de Persia rescató a la Princesa de Bengala y regresó con ella a Persia, donde esta vez descendieron ante el mismo palacio del rey. El matrimonio solo se retrasó lo suficiente como para hacer la ceremonia lo más brillante posible, y, tan pronto como terminaron las celebraciones, se envió un embajador al Rey de Bengala para informarle de lo sucedido y pedir su aprobación para la alianza entre los dos países, la cual concedió con gusto.

## ¡Muchas gracias!

Esperamos que haya disfrutado de esta narración. En Heroe.com, como una pequeña pero apasionada editorial independiente, nos sentiríamos profundamente honrados si decide compartir este archivo con otros amantes de la literatura. Su apoyo nos ayuda a cumplir nuestra misión de llevar grandes obras literarias a todos los rincones del mundo.

A través del siguiente enlace, podrá descubrir diversas maneras de compartir este archivo y contribuir a la difusión de la literatura global. Además, encontrará la narración completa de este relato y muchos otros, disponibles de manera gratuita, para que siga explorando y disfrutando de nuevas historias.

Gracias por ser parte de nuestra comunidad de lectores y por ayudarnos a expandir el amor por la literatura.



<https://heroe.com/relato/el-caballo-encantado>